

# SERVICIOS PUBLICOS

No sabemos hasta qué punto puede ser utilizado en esta ocasión el título general que sirve de nexo a esta colección de crónicas, cuando lo más difícil es intentar hacer un examen de conciencia sobre cosas que, al parecer, no la tienen.

Desde tiempo inmemorial la mayoría de los servicios públicos podrían haber tranquilamente suprimido en algunos casos la palabra *servicio* por otra más a tono, cual sería la de *incomodidad, desesperación o simple tomadura de pelo*. Sobre todo ahora que el turismo ha rubricado nuestro título de ciudad, y los servicios, a base de parches y remiendos, han intentado disfrazar, sin conseguirlo, sus instalaciones netamente pueblerinas.

Y ni decir cabría, como consta a todo el mundo, que hay la mayor palma del martirio se la llevan los usuarios de ese gran rompecabezas que es el servicio telefónico y que, con perdón del lector, como a servicio todavía lo catalogamos al solo efecto de entendernos.

**Vamos por lo primero.** — A la Compañía Telefónica hace tiempo que venimos perdonándole muchas cosas. Le perdonamos, por ejemplo, el que todavía no se haya dado cuenta de que su fachada desdice y afea el empaque que ya tienen en la Rambla la mayoría de sus vecinas. Y de que con el tendido aéreo de su red haya estropeado otras muchas, colabarándolo y no poco en esa baranda de cables y de líneas que para transporte del fluido cruzan y entrecruzan de cabo a rabo la ciudad, dando a nuestras calles un techo de verbera después que un aguacero barrió sus gallardetes.

A mucho y algo más estamos, pues, dispuestos a transigir, aunque nunca a perdonar que todavía a estas alturas no haya la Compañía

Telefónica instalado en la ciudad el servicio automático, única manera de satisfacer las demandas que ahora no pueden ser atendidas y sobretodo de lograr dentro del área urbana el servicio que ahora no puede darse. Hay momentos del día que son de tal agobio, que es mucho más práctico desplazarse personalmente a casa del vecino antes que intentar hablarle por teléfono.

**Vamos por lo segundo.** — Si enojoso resulta a veces lo primero, la cinta azul de la paciencia puede conquistarla fácilmente cualquier abonado que tenga la osadía de pedir una conferencia interurbana. Y decimos osadía, porque algo así debe representar para la Compañía la petición de cualquier conferencia, visto las horas, y hasta a veces los días, que tardan en concedérsela.

En cambio las conferencias internacionales suelen lograrse con una mayor prontitud, lo que nos hace pensar de que a la fuerza debe existir alguna línea secreta. Este escritor tardó veintitrés minutos en comunicarse con Holanda y cincuenta y seis con uno de los Estados de la Unión americana. En cambio de su puño y letra tuvo que redactar un certificado como testigo presencial del hecho, haciendo constar, para una ulterior y posible querrela en Bélgica, de que un turista, amigo suyo, no había podido comunicar con Madrid, en horas de oficina, por espacio de tres días consecutivos.

Hay veces que a las nueve de la mañana se lleva ya una demora que alcanza hasta a las siete de la tarde. Cosa muy natural, con solo decir a ustedes, que nuestra ciudad y sus apéndices de S'Agaró y Playa de Aro, disponen únicamente de dos líneas directas con Barcelona. ¿Pero es que las conferencias no se pagan para que no puedan establecerse nuevas líneas? A eso nosotros ya no entramos, porque, créannos, que en ocasiones da gusto vivir en la intemperie de la calle.

**En casa ajena.** — Nunca nos ha gustado meternos en casa del vecino, mayormente cuando en la nuestra el trabajo es copioso. Pero como Playa de Aro depende de nosotros, aunque a Dios gracias sea solamente en lo telefónico, forzado resulta que nuestra pluma allí se vaya para completar el panorama que estamos describiendo. En los núcleos de poca monta y densidad, es costumbre que la estafeta de correos la recoja el panadero o el carnicero, el que además es alguacil y hasta a veces trompetero. Como estos servicios se pagan mal, si uno quiere comer son precisas muchas migajas.

Playa de Aro con sus diez y seis Hoteles y colonia veraniega está pidiendo cada día a la Telefónica lo que su servicio no le da. Allí, entre otras muchas cosas, los telegramas se reciben por correo certificado, lo que — y valga como ejemplo — un telegrama depositado un miércoles en París a las ocho cuarenta y cinco de la mañana se recibe en Playa de Aro el jueves a la cinco de la tarde, cuando ya ha salido un taxi para recoger en Girona a unos turistas que el telegrama decía no llegaban.

En este plan, no podemos formalmente hablar de turismo, ni podemos aspirar que aquí venga nada en grande. Son muchos y bellos

los proyectos. Paisaje tenemos para competir con los de más fama. Pero hay que reconocer que nuestra realidad es como para dejar a cualquier sueño sin alas. Como la Telefónica, ante la invasión turística, casi podemos asegurar que nos ha dejado sin teléfono.

**Transportes.** — He ahí otro ramo que parcialmente, sigue con los mismos defectos que en otras ocasiones hemos ya denunciado. De vez en cuando sale alguna noticia globo para distracción y consuelo de nuestros males. Luego, no pasa nada. He ahí un arte, ese del no hacer, o del no dejar que se haga, en el que vienen descollando innumerables excelencias.

Muy a pesar nuestro hoy nos vemos obligados a tratar de un servicio que ya no funciona como en sus días primeros. Y a fe que mucho lamentamos la cosa, por cuanto dicho servicio, por su empaque y distinción, ha logrado reunir las más calurosas y generales simpatías. Quizás es por eso que nuestro sentimiento es mucho mayor, solo de presumir que pudiera perderlas.

Pero reconozcan ustedes que realmente existe ya motivo de alarma ante el hecho de que desde la calle de Vergara en Barcelona hasta nuestra ciudad, invierte un servicio directo tres horas y quince minutos. De todos modos la cosa es explicable, teniendo en cuenta, que la parada en el cruce de Blanes, que oficialmente debe ser de diez minutos, el coche para hasta treinta y treinta y cinco. De no enmendar pronto la cosa, es muy posible que, además del desayuno, esté ya dicho. Parador preparando algunas camas para, después de tomar al refrigerio, echar una siestecita de otros treinta minutos.

Sentimos muy de veras tener que escribir estas líneas para uno de nuestros más populares servicios, Pero como la cosa tiene facil enmienda, confiamos en el buen celo que en todo lo demás nos viene dando esta Empresa, para esperar la debida corrección de ese escape de tiempo que a diario se nos pierde en el cruce de Blanes.

**Obras son amores.** — Así como la conciencia acusa en los precedentes que denunciábamos, esta misma conciencia, por ser recta y por ser justa, nos obliga hoy a rendir público testimonio de gratitud al personal que en la ciudad tiene a su cargo el servicio de Correos. Aunque en verano este servicio quintuplica sus necesidades, las mismas son cubiertas (cosa que no debiera ser) por la misma plantilla que tenía la ciudad en sus años más calmosos y tranquilos.

Da gusto poder consignar semejante noticia, mientras esperamos que prontamente se vea completada con la que nos anuncie un aumento en el personal cuidador de tan importante servicio.

No toda nuestra pólvora ha de ser quemada en crítica de noticias malas. Sino que una salva de honor se merece ese personal que, contra viento y marea, nos brinda su noticia buena.